

## HISTORIA DE TRES CIUDADES

# Una radiografía de la violencia en Bogotá en los años ochenta y noventa

*Absalón Jiménez Becerra<sup>1</sup>*

El presente artículo busca reconstruir, en términos académicos, y desde la perspectiva que como investigador social bogotano me concierne, una radiografía de la violencia en los ochenta y noventa, en momentos en los que “el joven”, como sujeto social, entra de nuevo al escenario de lo público y de la realidad nacional, ya no como parte del “movimiento estudiantil colombiano”,<sup>2</sup> que tuvo su época dorada durante la coyuntura política del Frente Nacional (1958-1974), sino como víctima y victimario de esta violencia que a finales del siglo XX condujo al país a una de las más profundas crisis institucionales que conllevaron

---

1 Profesor Maestría en Investigación Social Interdisciplinaria, Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

2 En las últimas décadas del siglo XX y primera del XXI, el joven ha hecho presencia en el escenario de lo público en tres ocasiones y por medio de tres puertas de entrada. La primera, a finales de los años sesenta y comienzos de los setenta, por la puerta de lo político, particularmente, durante el periodo del Frente Nacional (1958-1974), coyuntura en la que se inscribe la época dorada del movimiento estudiantil colombiano. La segunda, se da en los años ochenta, por la puerta de la violencia, cuando el joven es visto como principal víctima y victimario de la violencia urbana en Colombia. Y la tercera, se da en la segunda mitad de los años noventa y primera década del siglo XXI, por la puerta de lo cultural, momento en que el joven se redimensiona políticamente desde su cuerpo y desde la intimidad y privacidad de su hogar, expresándose esta re-dimensión en las culturas juveniles y las subculturas urbanas.





una situación caótica, todo esto producto de la irrupción del narcotráfico, los carteles de la droga, la conformación de grupos armados financiados por ganaderos en el Magdalena Medio en contra del asedio de la guerrilla, y la consolidación final de las autodefensas y, sumado a ello, la manera como la economía coquera había permeado la lucha de la izquierda armada y la economía del gramaje de las Farc.

Sin lugar a dudas, Bogotá se ha consolidado a la vez como testigo y como uno de los principales escenarios de lucha contra el narcotráfico. Por lo demás, en la ciudad capital se han tomado las principales decisiones de tipo político, económico y social, que afectan al resto del país, así como también las decisiones de estrategia militar, seguridad institucional del Estado y de lucha contra el narcotráfico.

En mis recuerdos de infancia, aún se encuentran presentes las imágenes del noticiero en torno al asesinato del ministro de Justicia, Rodrigo Lara Bonilla, el 30 de abril de 1984; luego, el asesinato de Guillermo Cano, director del diario El Espectador, el 17 de septiembre de 1986, como también la noche en la que, por medio de una declaración televisada de guerra, el presidente Virgilio Barco, declaró enemigo público del Estado al narcotráfico, el 23 de agosto de 1989, después de la muerte de tres candidatos presidenciales. En mis recuerdos de infancia y juventud, la memoria individual se entremezcla con la memoria social y colectiva y, también, con la memoria histórica del país. La crisis suscitada por la intensidad de la violencia de los años ochenta tuvo como uno de

sus principales puntos de salida la convocatoria a la Asamblea Nacional Constituyente, en 1990, y la elaboración final de la Constitución de 1991, la cual se nos presentó a los jóvenes de la época como un acuerdo de paz entre el Estado y los actores armados.

Luego, como estudiante universitario, recuerdo que, sobre los anteriores temas, brotó mucha tinta, se publicaron excelentes artículos de prensa, en revistas especializadas y libros, además de que muchos académicos, al dominar estas temáticas, estas bibliografías y un grupo importante de autores, se consolidaron como intelectuales nacionales. En mi caso particular, como un joven que vivió esta coyuntura en el sur de la ciudad de Bogotá, me impactó cómo la crisis institucional y de guerra contra los actores armados afectaba al joven, el cual fue visto como un sujeto funcional para la violencia ya fuese como sicario, como miembro de las milicias urbanas de la guerrilla o como miembro de base de las autodefensas. Los jóvenes de las zonas marginales de las grandes ciudades fuimos vistos, además, como delincuentes en potencia, como fortín del sicariato de los carteles de la droga, como posibles miembros de bandas delincuenciales o, a lo sumo, como una expresión de los denominados “parches” de los barrios periféricos de las grandes ciudades.

Así, el presente artículo recoge elementos importantes de la memoria individual y colectiva de quienes pasamos de la infancia a la juventud en esa coyuntura histórica y, en el caso particular, recoge tal vez mi primera experiencia investigativa, la cual rea-





licé a mediados de los años noventa bajo la tutoría de mi maestro, Darío Betancourt Echeverry, uno de los especialistas del tema de la violencia en Colombia (q.e.p.d.). Sea esta la ocasión para recordar al maestro Betancourt justo diez años después de su desaparición y muerte.<sup>3</sup>

De tal manera, mediante el presente texto, quiero abordar el tema de la violencia urbana en Bogotá, en los años ochenta y noventa, en momentos en que, producto de esta crisis institucional, el joven de nuestra ciudad entra al escenario público por la puerta poco grata de la violencia y, también, mostrar cómo nuestra ciudad, por encima de Medellín y Cali, a mediados de los años noventa, es catalogada como una de las más violentas del país y una de las más peligrosas del mundo. Sin duda, la lucha contra el narcotráfico, al desarrollarse en la ciudad, fragmentó y debilitó, en términos institucionales, la presencia del Estado en las zonas periféricas, siendo el joven el principal afectado. Aunque no existen estudios de caso específicos o cifras que lo comprueben, podemos decir que, en determinados barrios de las zonas marginales, la violencia urbana de los años ochenta y primera mitad de los no-

venta se llevó a la mitad de la generación de jóvenes de algunos barrios populares de sur de Bogotá.

## El discurso de la violencia urbana

La violencia urbana, como categoría de análisis y como discurso disciplinario de investigación, tomó cuerpo en la Comisión de Estudio para la Violencia de la Presidencia de Virgilio Barco (1986-1990)<sup>4</sup>, cuyo principal especialista fue Gonzalo Sánchez Gómez, en ese entonces profesor de la Universidad Nacional de Colombia y uno de los padres sobre los estudios de la violencia en Colombia, quien, a la vez, se convirtió en uno de los principales gestores del tema de la violencia urbana en la segunda mitad de los años ochenta. A la luz o a la sombra de este estudio, en las tres principales ciudades colombianas surgió una serie de destacados intelectuales que trabajaron este tema desde una perspectiva local. De tal manera, tomaron relevancia académicos de la talla de Alonso Salazar, en Medellín; de Adolfo

3 El presente artículo es una síntesis de esta primera experiencia investigativa, desarrollada bajo la tutoría de Darío Betancourt. Este trabajo, que se presentó en su momento para optar el título de licenciatura en Ciencias Sociales, se encuentra en el Centro de Documentación del Departamento de Ciencias Sociales de la UPN. Consultar: Absalón Jiménez Becerra. La violencia urbana en Colombia. Ciudad Bolívar, marginalidad y violencia, 1990-1994. Bogotá: Departamento de Ciencias Sociales, UPN, julio de 1995.

4 Comisión de Estudios sobre la Violencia (Gonzalo Sánchez G., coordinador de la Comisión). Colombia: violencia y democracia. Informe presentado al Ministerio de Gobierno. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1987.



León Atehortúa, en Cali y, para el caso de Bogotá, Guillermo Segovia Mora. También en Bogotá, desde una perspectiva demasiado academicista, para mi gusto, se pueden ubicar las reflexiones del IEPRI de la Universidad Nacional, de Álvaro Camacho y Álvaro Guzmán<sup>5</sup>.

El fenómeno de la violencia, propio de las ciudades colombianas, en el cual el índice de muertes violentas se desbordó de manera incontrolable para los aparatos estatales, fue visto por este grupo de intelectuales en la segunda mitad de la década de los años ochenta desde un punto de vista crítico. Las problemáticas propias del urbanismo, entre ellas, la de la violencia urbana, no sólo representaban el producto del devenir de la historia política y social del país, sino que también eran el resultado de los cambios de tipo espacial que iban tomados de la mano del modelo de desarrollo capitalista en el que se había embarcado Colombia a lo largo del siglo XX.

La década del setenta en Colombia fue de vital importancia en el desarrollo de lo que es la historia de la vida urbana en el país. En este periodo, el peso de la población urbana terminó siendo hegemónico en relación con el modelo de desarrollo rural que nos caracterizó en la primera mitad del siglo XX. Y la situación y problemática social de los nuevos habitantes urbanos se convirtió en sueño y frustración para muchos, pero también en amor y perversión, desigualdad y oportunidad. La ciudad, en los años setenta, evidenciaba un crecimiento acelerado, sin ningún tipo de planificación estatal, acompañado de un nuevo tipo de población que inmi-

gró a las grandes ciudades. La cultura de lo urbano se impuso de una vez por todas en el marco del desarrollo social, situación en la que el Estado enfrentaría una compleja problemática debido a su falta de planeación en las ciudades, en la que el inmigrante llegaba lleno de expectativas en búsqueda de oportunidades y mejoramiento de sus condiciones y calidad de vida, sufriendo, por último, un choque en la misma construcción de este nuevo proyecto, en el que imperó la desconfianza, la falta de solidaridad y el individualismo entre los habitantes de la ciudad. En este proceso de “hibridación cultural”, entre lo tradicional y lo moderno, los nuevos pobladores de las urbes tuvieron que adaptarse, originándose con el tiempo un nuevo tipo de cultura urbana, que tomó cuerpo en la generación de jóvenes de los años ochenta y noventa. Esta generación sería la principal afectada por el fenómeno de la violencia y la criminalidad, situaciones que comenzarían a caracterizar parte de la cotidianidad de las grandes ciudades colombianas, desde ese periodo, y que se expresaría en la tendencia en el aumento de homicidios.

Para esta coyuntura, al observar las estadísticas de muertes violentas dadas

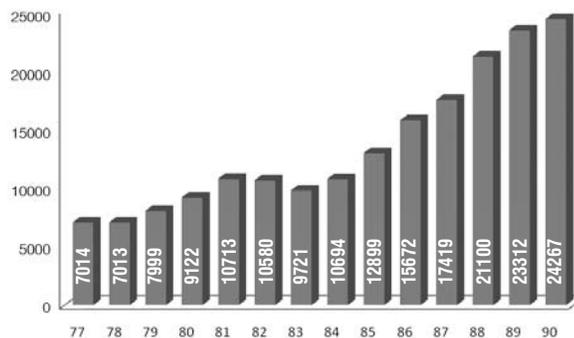
5 Entre los intelectuales y sus obras que se destacaron en esta coyuntura se encuentran, desde luego y en primer lugar: Gonzalo Sánchez, op. cit.; Alonso Salazar J. No nacimos pa' semilla. Bogotá: Cinep, 1990; Guillermo Segovia Mora, La violencia en Santafé de Bogotá. Bogotá: Eco, 1994; Adolfo León Atehortúa. La violencia juvenil en Cali. Cali: Secretaría de Gobierno Municipal de Cali, 1992, y Álvaro Camacho y otros, Nuevas visiones sobre la violencia en Colombia. Bogotá: Iepri, Fescol, 1997.



a conocer por la Policía Nacional, entre 1977 y 1990, comprobamos cómo, para 1977, el número de necropsias fue de 7014, manteniéndose una tendencia, por lo general ascendente, hasta inicios de la década de los años noventa. Así, evidenciamos cómo el número de necropsias por muertes violentas en Colombia, en 1980, fue de 9122; en 1985 de 12899, mientras en 1990 se duplicó a 24267 necropsias.

## NECROPSIAS EN COLOMBIA, 1977-1990.

Frente al índice de muertes violentas que aumentaba día a día, durante los años ochenta el gobierno central seguía sosteniendo que la violencia de las ciudades era de control eminentemente policial, sin reconocer sus responsabilidades y compromisos políticos de carácter estructural. La nueva violencia vivida en las ciudades podría observarse como una extensión más del conflicto social, político y económico que vivía el país, ya en otro escenario y con otros actores. Para la Comisión de Estudios sobre la Violencia, la violencia urbana en Colombia era multifacética y de doble vía. Abarcaba sectores de la vida económica y cultural: la cultura de la violencia urbana es una síntesis de facetas y ello hacía simplista reducirla a cualquiera de ellas. Al mismo tiempo que provenía tanto de los extremos de pobreza, como también de las formas de obtener y proteger la riqueza, de la rebeldía como de la dominación, de la intolerancia como de la búsqueda de reconocimiento.<sup>6</sup>



Fuente: Revista de la Policía Nacional.  
Subdirección de Policía Judicial

Para la Comisión de Estudios sobre la Violencia, el replanteamiento de la problemática social colombiana debía desarrollarse de manera objetiva, en la que se tuvieran en cuenta los cambios espaciales, políticos, económicos y culturales, a los cuales el proceso de modernización nos había llevado en las últimas décadas del siglo XX. Por lo demás, a la presidencia de Virgilio Barco se le reconoce el interés sobre el replanteamiento de la problemática social colombiana, al integrar en 1987 la Comisión, conformada por un grupo de especialistas y académicos. La Comisión concluyó que la violencia que más afectaba a Colombia en los años ochenta era la violencia que se vivía en las calles. A pesar de que el enfrentamiento armado entre el Estado y los alzados en armas era de gran relevancia para la opinión pública, los índices de esa violencia representaban apenas el 10% del total de muerte

<sup>6</sup> Gonzalo Sánchez, op. cit., p. 9 y ss.



violentas en el país, el 90% restante de las necropsias pertenecían a diversas expresiones de violencia urbana.

La violencia urbana es entendida como todas aquellas actuaciones de individuos o grupos, ubicados en la ciudad, que ocasionan la muerte de otros o lesionan su integridad física o moral. En sentido muy general, la violencia se puede ver como algo que impide la realización de los derechos humanos, comenzado por el derecho fundamental a la vida. Sin embargo, la violencia urbana se relaciona con aspectos como la falta de planeación social del Estado, la marginalidad espacial, la falta de oportunidades, el desempleo, el analfabetismo y la concentración de la riqueza, entre otros, situaciones que se relacionan con la violencia común, violencia intrafamiliar y violencia social. La violencia urbana, con relación a la violencia ejercida por los actores armados, se diferenciaba en que no era negociable; de ahí la despreocupación inicial del Estado, pues ésta no amenaza de manera directa la estabilidad institucional. Esta violencia, desde el ángulo estatal, en un primer momento fue vista desde una perspectiva de lo reprimible y no de prevención en cuanto a medidas de carácter social.

Las principales ciudades del país, en su orden, Bogotá, Medellín y Cali, se convirtieron en los principales escenarios de la violencia urbana. Para el año de 1991, del total de 27.300 muerte violentas dadas en toda Colombia, la ciudad de mayor participación fue la capital antioqueña, con un número de 8.292 muertes, segui-

da por Bogotá con 5.416 y Cali con 3.110, sumando así entre las tres el 66.5 % del total de muerte violentas en dicho año en todo el país. Luego, para el año 1992, el total de muertes violentas fue de 25.025. En este año, es de anotar, donde más fallecían personas por causas de arma de fuego era la ciudad de Medellín, con un 78.7 % del total. En Bogotá, el porcentaje de muertes a causa de arma de fuego ascendió al 52.8% y, por último, para el caso de la ciudad de Cali, fue de 53.9 % de su total. Para Alonso Salazar, en esta coyuntura se comprobó que el Estado y, “especialmente, el sistema judicial, no estaba preparado para asumir los fenómenos de delincuencia propios del urbanismo. Por su novedad, por su variedad y por su volumen, la violencia urbana, que se presentó en los años ochenta y comienzos de los noventa desbordó al sistema judicial y penitenciario colombiano”.<sup>7</sup>

#### NUMERO DE NECROPSIAS EN COLOMBIA, PROMEDIOS MENSUAL Y DIARIO 1990 - 1994

Año	Total anual	Promedio mensual	Promedio diario
1990	24.564	204.7	67
1991	27.300	227.5	74
1992	25.058	203.3	68
1993	26.870	223.9	73
1994	40.046	333.7	111

Fuente: Instituto Colombiano de Medicina Legal

<sup>7</sup> Alonso Salazar, “La criminalidad urbana: actores visibles e invisibles”. En Revista Foro, No 22, 1993.



Hacia 1993, el total de muertes violentas en el país nuevamente ascendió, esta vez a un número de 26.870, donde el 64.6 % del total ocurrieron en los principales centros urbanos, pero con una gran diferencia respecto a los anteriores años. Para 1993, la ciudad de Bogotá repuntó como la ciudad más violenta del país, con 7.154 necropsias, seguida de Medellín, con 7.074 y Cali, con 3.138. Para 1994, la interpretación de los datos se complicó, debido a que, según el Instituto Colombiano de Medicina Legal, se cambió en este año la forma de recolección de la información, aumentando el número de localidades consideradas como municipios, razón por la cual en este año el número de muertes violentas, a nivel nacional, aparentemente se disparó de forma desproporcionada. Sin embargo, los datos de las tres principales ciudades mostraron a Bogotá como la ciudad más violenta del país, con 6.822 muertes, seguida de Medellín, con 6.371 y Cali, con 3.571.

#### PRINCIPALES CIUDADES Y SU PARTICIPACIÓN EN HOMICIDIOS, 1990 - 1994

Ciudad	1991	1992	1993	1994
Medellín	7.475	7.191	7.040	6.371
Bogotá	5.416	6.066	7.154	6.822
Cali	2.209	2.799	3.138	3.571

Fuente: Instituto Colombiano de Medicina Legal.

#### PRINCIPALES CIUDADES Y SU PARTICIPACIÓN EN HOMICIDIOS VIOLENTOS, PROMEDIOS MENSUAL Y DIARIO, 1990-1994

Promedio	1991		1992		1993		1994	
	Mensual	Día	Mensual	Día	Mensual	Día	Mensual	Día
Medellín	623	21	600	20	590	20	530	18
Bogotá	452	15	505	17	596	20	568	19
Cali	169	6	232	8	261	9	297	10

Fuente: Instituto Colombiano de Medicina Legal.

#### Violencia y exclusión en Bogotá

La violencia urbana que se toma a la capital del país en los años ochenta y noventa, para ciertos analistas políticos, podía ser observada como la extensión del conflicto económico, político y social de los colombianos, que en esta coyuntura tomó un nuevo escenario, la ciudad, y unos nuevos actores, particularmente los jóvenes. Pero también en la ciudad, han hecho presencia los grupos de limpieza social, en complicidad con la policía, las milicias urbanas y el narcotráfico. En Bogotá, la violencia tomó múltiples formas y causas, asociadas a las condiciones comunes de las grandes ciudades del mundo como, en algunos sectores, la concentración de la riqueza. Esta realidad facilitó condiciones para la organización criminal, como el anonimato, la corrupción, el auge



de la economía informal, que posibilitó, a su vez, el delito, la proliferación de armas, aspecto que no sólo se convertía en un factor delincencial, sino causa de mortalidad, sumado a la oferta y consumo de bebidas alcohólicas y de sustancias psicoactivas, coadyuvantes de conductas delincuenciales, entre otros.

No obstante, la violencia urbana en Bogotá, para el periodo en mención, tenía que ver íntimamente con aspectos relacionados con la exclusión y la marginación social, en amplio sentido de la palabra. En las zonas marginales, “los nuevos pobladores con distintas tradiciones y perspectivas, fundaron otras ciudades en las márgenes de las viejas. Aunque se interceptaron y surgieron múltiples conexiones, predominó una barrera social y política que los mantuvo separados. Las ciudades fueron planificadas desde la lógica donde sólo hay lugar para los pobres en la periferia, allí se hacinaron en las geografía más precarias, sin espacio colectivo ni público que centraran su vida social”.<sup>8</sup>

En el caso de Bogotá, la Fiscalía General de la Nación, hacia 1993, adelantó un importante estudio de sociología judicial, en el que se definieron las diferencias entre lo que era una gallada, una pandilla juvenil y una banda delincuencia. El informe, que lleva por título *Delincuencia juvenil en Santafé de Bogotá. Teoría y propuesta*, reconoció que el problema de la delincuencia juvenil hacía parte de la problemática de la estructura social. Para la Fiscalía, “el número de agremiaciones juveniles había permanecido estable en sectores tradicionales y en los sectores de miseria que se

han transformado en banda. Obviamente el fenómeno no es exclusivo de nuestra sociedad, otros países son también atacados por este problema, pero el fenómeno solamente tiene trascendencia en cuanto afecta a lo establecido y limita el desarrollo social. En nuestro país la pandilla hace parte de lo establecido y crece a la par del desarrollo social”.<sup>9</sup> En el informe se puso en evidencia el alto número de pandillas juveniles que operaban en

8 Alonso Salazar. “Los procesos de reacomodo de las instituciones socializadoras”. En: *Revista Consenso*, Bogotá, PNR, 1994.

9 Fiscalía General de la Nación. *Delincuencia Juvenil en Santafé de Bogotá. Teoría y propuesta*. Bogotá: Fiscalía General, 1994. Este informe, en términos de análisis sociológico, en su momento fue de gran importancia teórica, debido a que marcó las diferencias entre los términos gallada, pandilla y banda. En primer lugar, la gallada se puede entender como las comunidades de personas que habitan las calles, organizados como agrupación primaria de supervivencia, de características paupérrimas, clasificándose aquí el fenómeno ñero, que se presenta en el centro de la ciudad. Un grupo de “habitantes de la calle”, de ñeros, conforma la gallada. En segundo lugar, “la pandilla” o parche, es una asociación de personas y la finalidad que persiguen es de su exclusivo conocimiento, algunas de ellas pueden presentar tendencias delictivas circunstanciales. Sin embargo, dentro de los parches, también se pueden presentar situaciones en las que tienen como objetivo la expresión de manifestaciones culturales o la dedicación al ocio productivo, al vandalismo esporádico o al consumo ocasional de alcohol o de drogas. En tercer lugar, “la banda”, es una agremiación de individuos con un fin delincencial claro; la banda es la que se da a conocer con mayores repercusiones sociales, debido a que es una organización armada, con fines criminales y delictivos propiamente dichos, cuyo objetivo es la búsqueda indiscriminada de lucro, existiendo un nivel de autoridad en cabeza de un jefe o cerebro, quien delega funciones. Algunos parches, en los años noventa, en Ciudad Bolívar, en Bogotá, hicieron un tránsito completo, de parche a banda delincencial.



Bogotá, particularmente en determinados barrios, creando un ambiente de crisis y fragmentación institucional en las zonas marginales de la ciudad, en la que el joven era el principal victimario, pero, al mismo tiempo, la principal víctima del nuevo tipo de violencia que emergía en la ciudad.

Para finales de 1994, la ciudad contaba con 11400 agentes de Policía, distribuidos en tres turnos, de los cuales el 30 % se dedicaba a la custodia de grandes personalidades y sus bienes. Es decir, apenas 7980 protegían al ciudadano común. La tasa de uniformados en la capital era de apenas un agente por cada 5.189 ciudadanos, siendo ésta una de las razones por las cuales el número de homicidios y delitos comunes crecía en forma incontrolable. El Population Crissis Comite (instituto con sede en Washington que adelantaba estudios sobre delincuencia en las cien ciudades más grandes del mundo), reveló que Bogotá, para el año de 1994, figuraba entre las diez ciudades más violenta del planeta. “La misma fuente revelaba que entre 1987 y 1990, la capital del país registró en promedio 46500 delitos anuales. Pero desde 1991 esta cifra se dispara a un promedio de 70000 anuales, como consecuencia del incremento de atentados contra el patrimonio económico, la vida y la integridad de las personas”.<sup>10</sup>

Así mismo, esta fuente internacional dio a conocer que de los aproximadamente cincuenta mil bandidos que operaban en Bogotá, para el año de 1994, “estos asesinaban anualmente a 5840 personas con arma de fuego y corto punzante, matan a

1.460 niños, violan a 1825 adultos y menores de edad, perpetran 10440 atracos callejeros, causaron 5000 lesiones personales graves, asaltaron a 252 bancos, hurtaron 6.744 vehículos, saquearon 732 residencias, incurrieron en 833 estafas y cometieron 1047 delitos relacionados con el tráfico de estupefacientes. Ejecutaron 91 actos de terrorismo, realizaron 194 falsificaciones de papel moneda, ejecutaron 37 atracos extorsivos, raptaron a 121 ciudadanos, torturaron a 1385 seres humanos y calumniaron en 1.323 oportunidades, e imponen la ley en cerca de 200 barrios”.<sup>11</sup>

En este marco de violencia en Bogotá, a mediados de los años noventa, la realidad cotidiana se presentaba como preocupante, más si se tenía en cuenta que, según el Dane, el 82 % de los ilícitos no se denunciaban a las autoridades, razón por la cual el fenómeno era mucho más grande de lo que estimaban las estadísticas. Por otro lado, la violencia de ciudades como Bogotá, comenzó a ser relacionada con la problemática situación de los grandes tugurios, como focos de inseguridad social casi incontrolables por el Estado. La violencia típica de las ciudades tenía un carácter múltiple y multicausal, en el que la población juvenil de las zonas marginales se encontraba en el centro del problema.

Mediante la violencia, como representación colectiva de lo urbano, los jóvenes

10 “Las pandillas se toman Bogotá”. En: Revista Cromos, 6 -12 de marzo de 1995.

11 Ibid.



entraban de nuevo al escenario de lo público, ya fuese como víctimas o victimarios. Para Alonso Salazar, a comienzos de los años noventa, “los jóvenes de las zonas marginales, los de ciudad Bolívar en Bogotá o las comunas de Medellín no figuraban en el mapa de las representaciones colectivas hasta que no figuraron en el mapa de la violencia”.<sup>12</sup> Por lo demás, la anterior lectura coincidía, en cierta manera, con la mirada de Adolfo León Atehortúa, en la ciudad de Cali, para quien, “el adolescente era particularmente sensible a la anomía y en muchos casos la pandilla le proporciona un escape, un consuelo. La pandilla le concede la opción de liderazgo, de valor, le representa por lo menos un sentimiento de integración social que ha perdido en otras esferas y un conjunto de valores nuevos, de símbolos, imágenes y lenguajes que no encuentra en otra parte”.<sup>13</sup>

Para el caso bogotano, en los años noventa, la agrupación de los jóvenes en los denominados “parches”,<sup>14</sup> representó un elemento importante en el proceso de fragmentación generacional. Los parches, en cierta medida, expresaron la crisis de la familia conservadora y patriarcal que se había instalado en las laderas bogotanas en los años sesenta. El parche reveló a la vez la expresión de un nuevo tipo de identidad juvenil conquistada por fuera de la esfera familiar. Los parches terminaron de consolidarse como una sub-expresión de la cultura urbana, ya fuese para el esparcimiento y el ocio, como expresión deportiva, cultural o musical mediante los representativos grupos de *rap* que se

constituyeron en los barrios populares en esta época.

En general, los fines perseguidos por los integrantes de los parches no fueron necesariamente de carácter delictivo. Sin embargo, debemos reconocer que algunos hicieron el tránsito de parche a banda propiamente delincuencial. Por lo demás, su tendencia delictiva, desde entonces, es circunstancial; es decir, depende de varios elementos presentes en un suceso espaciotemporal determinado.

## El caso de Ciudad Bolívar en los años noventa

En la primera mitad de los años noventa, la localidad de Ciudad Bolívar o localidad 19 de Bogotá, vivió una situación insostenible, en términos de seguridad y tranquilidad ciudadana. La cotidianidad de los barrios se vio profundamente afectada en las horas de la noche cuando los grupos de *limpieza social*, en ocasiones, en complicidad con las autoridades locales, desarrollaron campañas de exterminio en

12 Alonso Salazar, “La criminalidad urbana...”, op. cit.

13 Adolfo León Atehortúa. La violencia juvenil en Cali. Cali: Secretaría Municipal, 1992.

14 En la zona de Ciudad Bolívar, a finales de los años ochenta y en el transcurso de los noventa, tomó fuerza la palabra “parche” como expresión semántica y como expresión en la construcción de la identidad colectiva de los jóvenes. La palabra “parche” quiere simplemente decir que se pega, que se agarra, se adhiere. El joven del sector al “parchar” en cualquiera de las esquinas del barrio, realiza esta actividad, se suma a un grupo determinado de amigos, constituyéndose el parche como referente inmediato de identidad local de muchos jóvenes del sector.



este populoso sector, particularmente en la coyuntura histórica comprendida entre 1990 y 1993. En estos cuatro años, aconteció la muerte violenta de 520 jóvenes, a los cuales no se les encontraba una respuesta judicial clara por parte del Estado. Sin embargo, la gota que rebasó el vaso fue la masacre de 12 personas, con revólver y armas automáticas, ocurrida el 25 de julio de 1992, en el barrio Juan Pablo II. El “delito” que estaban cometiendo era el de estar sentados en una esquina del barrio cercana a sus respectivas casas. Todo por el único delito de encontrarse con el parche, todo por el único delito de “parchar”.

Para los más de 700000 habitantes del sector, a mediados de los años noventa, la pobreza y la marginalidad espacial habían traído como repercusión directa su señalamiento y satanización como potenciales delincuentes. La pobreza se convertía en sinónimo de no integración social y de anormalidad, inclusive para cierto tipo de análisis e investigaciones académicas.<sup>15</sup> Para la ONG, Conades, del total de la población, “el 29.8 % se encontraba en situación de miseria, esto quería decir que uno de cada tres habitantes carecía de las condiciones esenciales de vida. El 56.2 % de la población era pobre, es decir, no satisfacía los requerimientos básicos de la subsidencia con todos los servicios y garantías. Y sólo el 43.8 % accedía a los servicios básicos, aunque prevalezcan en condiciones de subempleo y alto costo de transporte, vivienda y servicios públicos. Ciudad Bolívar es por excelencia, el lugar de recepción de desplazados de la violencia política y migrantes económicos



provenientes de las más diversas regiones del país, quienes buscan refugio para sus vidas y una oportunidad para construir techo propio. Es decir, aquí se sintetiza la marginalidad estructural, los resultados del conflicto bélico y una amplia amalgama sociocultural, en medio de un cúmulo de necesidades básicas insatisfechas”.<sup>16</sup>

Con este tipo de intervenciones por parte de las organizaciones cívicas, juveniles, comunitarias y ONGs, se inauguró el Primer Foro por la Defensa de los Derechos Humanos en Ciudad Bolívar, el cual se realizó el día 12 de septiembre de

15 Para los investigadores del IEPRI de la Universidad Nacional, Álvaro Camacho y Álvaro Guzmán, en el año 1997, al desarrollar una nueva investigación sobre este tema, a los nuevos sectores sociales de las zonas pobres, sus comportamientos, la manera como se adhieren a la nueva normatividad urbana, sumado a los altos grados de pobreza, exclusión social y analfabetismo, dieron a conocer que, “la situación se traduce en que en las ciudades hay habitantes, pero no hay ciudadanos, y sobre todo, hay sectores sociales urbanos que pueden ser muy amplios, y, que por lo general, se identifican con los migrantes pobres y desempleados que tienen bajos niveles de integración con la ciudad e incluso muchas veces se identifican como marginados”. Todos estos sectores, por su falta de integración a la ciudad serían proclives a la violencia urbana.

16 CONADES. “Ponencia presentada al Primer Foro de Derechos Humanos en Ciudad Bolívar”, 12 de septiembre de 1993.



1993, en el Colegio Guillermo Cano, de la localidad. En este evento y de acuerdo a las diversas intervenciones, se señalaron cuatro actores responsables de la violencia en el sector: la Policía Nacional, ya fuera por acción u omisión; la guerrilla o milicias populares, que hacían presencia en la zona; los grupos de limpieza social, y los jóvenes, particularmente algunos parches violentos y bandas delincuenciales que operaban en el sector. A pesar del informe presentado por la Fiscalía General de la Nación, en el marco del evento en torno a las investigaciones por los homicidios más relevantes cometidos entre 1989 y 1992, en Ciudad Bolívar, el ambiente de preocupación invadió a los asistentes y participantes. La razón de la preocupación, se fundaba en que, en nuestro sistema judicial, particularmente el de los años noventa, el 97% de los homicidios quedaban impunes, sin peritaje judicial ni investigación clara, y mucho menos un responsable. Para los expertos, la tasa de homicidios tendía a incrementarse en áreas de mayor pobreza, mayor heterogeneidad cultural, mayor disolución de la familia, mayor participación femenina en la fuerza laboral y mayor exposición a la represión policiva.

Después del primer Foro en Defensa de los Derechos Humanos, ocurrieron algunos cambios rescatables en la localidad. El Estado fijó la mirada en Ciudad Bolívar, ya fuese como un “polvorín” social o una localidad de la ciudad que deman-

daba inversión económica y mayor presencia institucional. Se desarrolló, así, una serie de obras de infraestructura social, en vías de acceso y, en general, planes de “des-marginalización” de la ciudad, los cuales tuvieron un interesante repunte a finales de los años noventa. La construcción de colegios y parques, bibliotecas cercanas a la localidad, además del hospital del barrio Meissen, demostraron una nueva actitud del Estado hacia esta población, sin que ello sugiera el cese de la estigmatización.

Hoy día, como investigadores sociales, nos preguntamos, cuántas vidas, particularmente de jóvenes, tuvieron que dilapidarse para que el Estado hiciera presencia en esta localidad, en momentos en que el discurso académico de “la violencia urbana” señalaba a Bogotá como la ciudad más violenta del país, mientras las investigaciones de carácter internacional la señalaban a su vez como una de las diez ciudades más violentas del mundo. Programas de campaña, convertidos luego en políticas de gobierno, que en este momento se nos viene a la cabeza, como, “La cultura ciudadana”, “Bogotá sin tugurios”, “Bogotá sin indiferencia”, etc., nos hacen pensar que algunas de ellas tienen un antecedente directo en la Bogotá violenta de los ochenta y en la cuota de sangre de carácter múltiple y multicausal que colocó el joven en la localidad de Ciudad Bolívar y en las zonas marginales de las principales ciudades del país.

